

Y aquí importa advertir por nuestra parte, aclarando el pensamiento de tan ilustre tribuno para poner á salvo la honra de nuestra madre patria, que la explotación, en lo que á nuestras posesiones de Oriente se refiere, no es nacional sino individual; no es especulación de la metrópoli, sino obra exclusivamente del personalismo que sediento de oro, lejos de cumplir su misión civilizadora en aquellos países, quedaba su objetivo reducido á saciar sus ambiciones.

En tanto examinemos los defectos de aquella organización retrógrada y anacrónica del municipio filipino, iremos señalando los hechos en que se manifiesta en el funcionalismo de estas instituciones la funesta influencia del fraile en particular y de las demás autoridades en general.

De las elecciones.

Como habrán visto nuestros lectores, la elección del *Gobernadorcillo* y algunos otros miembros del municipio está encomendada según la prescripción de la ley al sufragio y voto de trece electores sacados por suerte de entre la *principalía* y *cabezas de barangay*. Esto, tras de ser absurdo y antipático á todas luces á la filosofía del derecho, es una forma de elección por sufragio eminentemente fatalista y tiránica, puesto que la voluntad de los trece individuos *electores al azar* es la que predomina y se impone al pueblo, y ante todo con especialidad sobre la *principalía*, sobre quienes en calidad de concejales pesan la responsabilidad de los actos del *Gobernadorcillo* elegido.

Esto pasa, y fuera soportable en verdad, porque al fin y á la postre es un artículo de la ley, si el voto que emitieran los precitados electores en favor del candidato que presentan emanasen de su libérrima y espontánea voluntad ó de la del comun de principales impuesta á éstos en su junta previa; pero nada de todo esto sucede en tales circunstancias.

Los fueros que en asuntos del Estado y gobierno del pueblo se les ha concedido á los frailes, puestos por la gracia de Dios, de la Santa Sede apostólica y de los Gobiernos de la nación al frente de la administración espiritual de los pueblos en aquellas Islas, no ha podido dar más deplorables resultados.

Esto supuesto, y sabido cómo el reverendo cura párroco necesita del *Gobernadorcillo* para que le sirva en sus negocios y fines particulares, nada más fácil de comprender la influencia y solicitud que ha de desplegar en estas elecciones para que resulte elegido su favorecido.

Veamos cómo.

Un día ó dos días ántes de las elecciones, la *principalía* con el *Gobernadorcillo* saliente celebran su *casapulan*⁴ ó reunión previa para estar de conformidad en el día de la elección en la designación de candidatos, y se reúnen generalmente en la casa del *Gobernadorcillo* saliente, ó de un *principal* ó en la casa *tribunal*. En esta Junta magna nunca falta el cura de almas, que, con invitación ó sin ella, se cuela como Pedro por su casa; y allí, después de una arenga mal pronunciada en el dialecto del país, que regularmente lo aprenden á medias y malisimamente, presenta su candidatura, y *velis nolis*, con la supremacía que tiene por la ley, se la impone á la *principalía* para que lo voten en su día.

Siempre ó casi siempre se acepta aquel que el fraile designa, por cuanto que al no marchar unisonos él y el *Gobernadorcillo*, como en todos los asuntos, ya civiles, ya administrativos, ya judiciales, su intervención es necesaria para que surtan efectos legales, procura en toda ella per-

⁴ *Casapulan* es una voz visaya que significa celebrar consejo.

judicar á la *principalía* y al *Gobernadorcillo* actuante.

De todo esto, pues, se deduce: que el favorecido del Reverendo Cura Párroco resulta casi siempre elegido; la falsedad de la elección por sufragio restringido entre la *principalía* y *cabezas de barangay*; que la elección recae siempre en las personas sin ilustración, y hasta las más de las veces en las que no saben leer y escribir, contraviniendo á la letra y espíritu de la ley.

Y para confirmación de lo expuesto, léase la formidable acusación que contra los frailes hacía presente al Gobierno el ex-Capitan general D. Simón de Anda y Salazar.

«Así como los Obispos (los de Filipinas) viéndose dentro de su diócesis lo son *in partibus*, lo es el Rey en las Islas Filipinas: S. M. reside en ellas por la autoridad comunicada á su Presidente y Audiencia, á los Alcaldes, Gobernadores y Corregidores de las provincias, en las cuales ni manda el Presidente, Audiencia, ni demás Ministros y sí solo el Padre.

»En cuanto á jurisdicción, es corriente que ningún *Gobernadorcillo* de indios, sin permiso del Padre, pone en ejecución mandato alguno del Presidente, Audiencia, ni Alcaldes, pena de cien azotes, que le hace dar de contado si obedece á los Magistrados y justicias reales⁴»

En el artículo siguiente nos ocuparemos más detalladamente.

GRACIANO LOPEZ Y JAENA.

(Se continuará.)

REVISTA EXTRANJERA

La historia en cantares.—Globos aerostáticos.—Una defección del catolicismo.—La cuestión del suicidio.—Estadística de Londres.—Noticias de Asia y Africa.—Nuestro comercio con Buenos-Aires.—La prensa norte-americana y las enciclopedias.—París y Bruselas, puertos de mar.—Estadística del Japon.—Los Estados-Unidos y la República Argentina.—Portugal descrito por los ingleses.—Los elefantes sagrados de la India.

No siempre se ha escrito la historia en voluminosas colecciones; una sola frase, un cantar, un proverbio en boca del pueblo han conservado muchas veces importantes recuerdos de la antigüedad, y tal es la manera de enseñarlos á los niños. D. Antonio Trueba ha compuesto en fáciles pareados una especie de epitafios de los vascos célebres, de los cuales copiamos los que se refieren tanto á nuestra historia como á la de América:

«Cuando á Araucania subyugó Castilla,
lidió y cantó nuestro inmortal *Ercilla*.

—
Zabala, dando á su saber empleo,
tras recia lid fundó á Montevideo.

—
Juan Sebastian de Elcano fué el primero
que dió la vuelta al universo entero.

—
De un nuevo mundo el primero goza
porque á Colon le reveló *Andiatosa*»

¡Salud á la unión de la historia y de la poesía, tan bien representadas por el amable cronista de Vizcaya, inspirado cantor de las montañas y de los valles, donde se conserva como en un relicario la familia euskara!

En la provincia de Salerno, en Italia, se presenta un nuevo inventor del arte de dirigir los globos aerostáticos. Francisco Mastrodomenico, á quien aludimos, ha dirigido una proclama á los Gobiernos, á los viajeros y á los habitantes del mundo, es decir *urbi et orbi*, poniendo en su conocimiento que no descubrirá el arcano hasta que los poderes temporales se pongan de acuerdo para una paz perpetua, en la que no hayan de aprovechar su descubrimiento como medio de destrucción. Debe ser gran físico y moralista el mencionado Mastrodomenico.

La prensa extranjera cita el caso de una defección en la causa católica: la de Pavorese, Prelado doméstico

⁴ Dictámen de la minoría de la Junta consultiva de reformas de Filipinas, creada por decreto de 4 de Diciembre de 1869, pág. 10.

tico de Su Santidad, que se ha convertido al episcopalismo. Pues qué, ¿no se han visto los casos de los Padres Pasaglia y Jacinto, sobre todo el de este último, y no había dicho ya la filosofía: *corruptio optimi pessima*? Con 300 venció Gedeon, con 300 Leonidas, y la causa católica triunfó de todo el mundo con muchos ménos.

La verdaderamente pavorosa cuestión del suicidio vuelve á preocupar á nuestra sociedad, como á la romana del fin de la República y principios del Imperio. Juan Bovio en Italia llama la atención de los Gobiernos en una obra reciente, y llega á pedir su intervención contra la manía del suicidio, del que algunos han llegado á decir que no tiene más importancia que la emigración. La enseñanza religiosa y nuevas tendencias literarias que aparten del camino trillado por Goethe en el *Werther*, y por Hugo Foscolo en las *Cartas de Jacobo Ortis*, por no citar más obras, podrán hacer este milagro, para el cual son impotentes los Gobiernos. Por lo demás, no creemos que sería inútil un Congreso universal que estudiase las causas y los remedios, y parece conveniente constituir la comisión de sociólogos y publicistas, cuya creación pide el escritor citado.

El Coronel Henderson acaba de publicar interesantes datos estadísticos acerca de Londres. Desde 1882 cuenta con un aumento de 23.306 casas y 508 calles. Respecto á criminalidad, dice que en el mismo año fueron detenidas 78.416 personas, de las cuales 7.042 lo fueron por embriaguez. Se contaron 1.047 robos por valor de 3.083.200 pesetas, recobrándose únicamente 1.580.550, lo que no es poco honroso para la policía. Se perdieron 12.878 niños, y sólo de 12 se ignora el paradero, siendo encontrados desde luego 7.533; hubo 74 suicidios y 147 accidentes mortales y 3.589 heridos en las calles de la capital. En la primera semana de Diciembre se contaban 91.771 pobres; 54.979 socorridos en sus casas y 32.792 fuera de ellas, número que, comparado con el existente de 1880 ha disminuido, según el *Day's Chronicle*, en 247 individuos; en el último día de la misma semana se recogieron 500 vagos; 358 hombres, 126 mujeres y 16 niños menores de diez y seis años. En Newcastle se aplicó la pena de azotes hasta la efusión de sangre á 14 ladrones á fines del referido año.

En medio de la asombrosa civilización de la Gran Bretaña, hay quien cree en brujerías (*Witchcraft*) y profesa el arte de los encantamientos. Por los periódicos ingleses corre la historia de Isabel Macrae, que en los *Highlands* de Escocia tiene en una figurilla de cera su talisman, y por él da oráculos y asegura la felicidad de los que la consultan, lo cual no impide que los tribunales de Inverness hayan procesado á la pitonisa.

Según el proyecto presentado á las Cámaras francesas, será únicamente compatible el cargo de Diputado y Senador con los de Ministros, Subsecretarios y Catedráticos de la Universidad de París.

La Orden de Predicadores va á fundar en Jerusalén un convento precisamente donde San Esteban recibió la más antigua corona del martirio. El templo tendrá un pórtico de 450 metros de longitud y seis de anchura, donde, señaladas las estaciones correspondientes á los misterios del rosario, se esculpirán inscripciones políglotas y se colocarán devotas imágenes. Celebramos este nuevo progreso de la célebre Orden española, que tanto ha dado á conocer el nombre de nuestro país en remotos climas, derramando la luz que simboliza la antorcha de su blason heráldico.

En Africa se ha descubierto, en la isla de Djerba, cerca de Kasitara, una nueva Pompeya. Entre las ruinas se ha podido estudiar un templo de Céfiro, lleno de columnas de mármol rojo y verde y de primorosa arquitectura. El descubrimiento se debe á la tripulación del *Jaguar*, al mando de Massenet, teniente de navío de la armada francesa. Francia debe continuar en Túnez la tradición de sus antiguas y gloriosas campañas de Egipto, y sin descuidar los intereses políticos, promover los adelantos del arte y de la ciencia.

En Texas (América), y en la montaña Black-Jaeck, se ha descubierto una caverna magnífica y en ella un lago de 12 á 20 metros de profundidad.

Hemos recorrido con placer los datos más recientes acerca de la importación de mercancías de varios países en la República Argentina. Las banderas en que se ha hecho durante el año 1882 son por el orden de importancia comercial respecto á dicho país, las de Inglaterra, Francia, Estados-Unidos, Alemania, Bélgica, Italia, Uruguay y España. En cuanto á la exportación de Buenos Aires para Europa y América, el orden es el siguiente: Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Estados-Unidos, Brasil, Uruguay, Italia, Chile, Cuba y Puerto-Rico y España. Si no sirven estos datos de estímulo á nuestro comercio, si nuestro Gobierno los ve con indiferencia, bien puede asegurarse que España es el más desinteresado, por no decir otra cosa, de cuantos pueblos han asomado su bandera sobre las regiones americanas.

El *Centro Vascongado* de Montevideo ha fijado su mirada en un asunto importante para nuestra patria: en la emigración de nuestros compatriotas á Chile, Araucanía y Patagonia. Los inteligentes directores de la asociación advierten á los que se dirigen á las Colonias, que ni tendrán seguridad personal, ni podrán ganar un jornal superior á tres reales de vellón, ni tendrán otros alimentos que harina de maíz y alubias. Celebramos la intervención patriótica y benéfica del *Centro Vascongado* en un asunto descuidado por los peninsulares, aunque ha sido ya objeto de nuestras reflexiones en anteriores revistas.

Siempre que aparecen los Estados-Unidos en ellas deben esperar los lectores algo extraordinario, que no sólo se separa de lo conocido en Europa, sino que pueda excitar su admiración. Primero Tocqueville y después Laboulaye han ido acostumbrándonos á las novedades del aquel país; sin embargo, mucho que no conocieron dichos autores hemos de registrar aún en nuestras crónicas. Ya es sabido que la imprenta en la Confederación norte-americana ofrece nuevo aspecto, mayor publicidad y casi el carácter de una institución municipal. Donde surge una población, allí aparece una imprenta. El periódico político toma proporciones gigantescas, y no va en zaga á las múltiples manifestaciones de la actividad industrial. «La *Tri-bune*, dice una revista extranjera, casi siempre que con motivo de fiestas, *meetings*, elecciones ó cualquier acontecimiento extraordinario, se aglomera la población en alguna ciudad, manda á ella una locomotora especial portadora del periódico, que así llega mucho antes que ninguna otra publicación. Cuando los diarios principiaron no hace mucho á publicarse el domingo, no podían disponer de trenes que los llevaran con rapidez á provincias. El *Herald* entonces organizó desde Nueva-York al Niágara un tren especial que llevaba pasajeros y encargos, y repartía los domingos el periódico en una extensión de 450 millas.» ¿No es verdad que si Schezarada hubiese hablado al Sultán de las maravillas de la imprenta no se le hubieran ocurrido noticias más curiosas y admirables?

Pero no sólo el periódico ha llegado á tal grado de esplendor; el libro no le va en zaga. La *Enciclopedia Americana, a Supplemental Dictionary of Arts, Sciences, and general Literature*, publicada por Stoddart, á 40 *shillings* el tomo, pretende no sólo anular las enciclopedias europeas, sino corregirlas, sobre todo en la parte biográfica. Observa el editor que esta parte es por lo común deficiente en las ya conocidas, y más cuando se trata de hombres célebres que pertenecieron á países remotos, ó acaso tenidos en menos por los que figuran entre los más civilizados, y la observación es cierta. Los anuncios de la obra de Stoddart citan la biografía de Beaconsfield como ejemplo de las más completas. La utilidad de las enciclopedias será cada día mayor, porque la ciencia, como decía Hipócrates, es *larga, y breve la vida*.

El primer pueblo que reunió alguna copia de saber, la nación cuya historia, si se exceptúa la del pueblo de Dios, es anterior á las demás, ya reconoció la necesidad de una enciclopedia, si es cierto lo que nos cuentan de los chinos, que tuvieron una, conforme al estado en que se hallaban al tiempo de su publicación las ciencias y las artes. Apenas hubo sociedad adelan-

tada que no reconociese esta conveniencia; y si bien no llevaron el nombre de enciclopedias, indios, egipcios, griegos y romanos compilaron en determinados libros la suma de sus conocimientos, y aún la poesía desempeñó algunas veces el mismo encargo. Los poemas indios, de tan largas dimensiones que nos parecen inconciliables con la idea que de una obra poética tenemos los modernos; muchos libros de la Biblia; los de Homero, que son un copiosísimo arsenal de datos para la historia antigua; la prolija colección de las obras de Aristóteles, que investigó lo mismo el mundo moral que el físico; los escritos de Plinio el Mayor, que merece compartir con Varrón los elogios debidos al *más sabio de los romanos*, y los de San Isidoro más tarde, pueden darnos alguna idea de lo que distintos siglos y civilizaciones entendieron por enciclopedia. El inventario de los conocimientos humanos es una obra de crítica al mismo tiempo que de estadística. Para presentarlo de un modo lógico es preciso clasificar ántes las ciencias, y el gran pensamiento de D'Alembert en el Prólogo de la Enciclopedia, así llamada por excelencia, es una valiente muestra de lo que puede hacer la filosofía trazando el inventario referido. No es una obra perfecta, podrá tener mucho de arbitrario; pero siquiera como en un campamento, ya que no sea como en una ciudad, encuentran en ella su lugar propio todas las ciencias. El nombre de Enciclopedia perdió mucho, sin embargo, de su grandeza con esta obra francesa, porque era en el ánimo de sus autores un alegato político y religioso, y obedecía á un plan distinto del que con toda imparcialidad había trazado el autor del Prólogo. También tienen de común las Enciclopedias con los inventarios el inconveniente de reflejar el paso del tiempo sobre los conocimientos científicos; el antiguo saber no solo se depura, sino que en ciertos ramos se desacredita ó se pierde, nacen nuevas ciencias ó se transforman las ya conocidas, y á las veces obras como las de Bacon, Descartes, Leibnitz ó Humboldt ponen á los estudiosos en posesión de nuevos medios de conocer, en que ni siquiera sospecharon, los autores de las Enciclopedias. Nuestro siglo abunda en libros de esta índole; cada gran nación ha querido tener el suyo, y la Enciclopedia británica, la de Didot, la de Mellado, la de Larousse y otros, aspiran á perfeccionar las anteriores, como ahora pretende hacerlo la de Stoddart en los Estados-Unidos.

Se agita en Francia y en Bélgica la idea de convertir en puertos de mar las ciudades de París y Bruselas. En lo que á esta última concierne, una poderosa asociación trata de suprimir la navegación del Ruppel y cambiar la corriente del Escalda; pero este proyecto no nos parece que se llevará á cabo, pues cruzada como está Bélgica de ferro-carriles y disponiendo á corta distancia de Bruselas del puerto de Amberes, no es precisa en manera alguna la obra mencionada, como tampoco lo será la de París, cuyo movimiento mercantil apenas puede aumentarse. Otra cosa sería en nuestro país si se tratase de hacer navegables nuestros grandes ríos; por ejemplo, el Tajo, como lo fué cuando en tiempo de Felipe II llegó un buque de Lisboa á Toledo, si es que no mienten las historias.

El imperio japonés prepara una Constitución para el año 1890. Entre nosotros se hacen y se deshacen en menos tiempo. La población, según el último censo, es de 36.900.118 habitantes, á saber: 18.598.998 hombres y 18.101.120 mujeres. En un año se han contado 941.343 nacimientos y 636.064 muertes, de lo que resulta un extraordinario aumento en la población.

El juicio que merece el estado actual de la República Argentina á un considerado periódico francés es el siguiente: «Hoy en la América latina y en la parte meridional del Nuevo Mundo representa lo que en el Norte los Estados-Unidos; es decir, el pueblo más próspero, la nación más civilizada, la más rica y poderosa, la más apropiada á los diversos propósitos de los extranjeros, que son allí recibidos con los brazos abiertos como en su propia patria. Parece destinada esta República á resolver los más difíciles problemas del *Self government*, que tanto ha contribuido á labrar el renombre político y administrativo de los *yankees*, este pueblo sin par en la historia de las naciones modernas.»

Recorriendo el *Manual del viajero en Portugal*, de la colección de Murray, libro que pretende ser completo y exactísimo guía de cuantos deseen conocer aquel país, no en una sino en muchas ocasiones hemos observado pasajes que juzgamos dignos de correctivo. Hablando de las bibliotecas, y en especial de la propia de la Academia de Ciencias en la Rua do Arco do Marquez, que tiene más de 80.000 volúmenes, dicese que enumera en su catálogo sobre 80 libros *ingleses*, ninguno de los cuales está escrito en el idioma indicado, siendo franceses ó traducciones del francés. Tratando de la *Torre do Tombo*, dice el autor del *Manual* que allí se conservan documentos como el tratado de paz entre los lusitanos y los cartagineses, otro convenio entre Viriato y los romanos, y otro relativo á la distribución del territorio ibérico entre suevos, vándalos y alanos. Lo que se ofrece al mismo autor acerca de la manera de viajar en Portugal no parece escrito en los últimos años. No contento con encarecer las dificultades que se experimentan al recorrer ciertas y apartadas regiones del reino, dice el *Manual* que el viajero en Portugal «necesita buena salud, buen carácter y elegir para sus excursiones la mejor estación;» añadiendo tales pormenores, que puede el libro disputar á Dumas, padre, la palma de los descubrimientos sorprendentes en países conocidos y el premio que se debe de justicia á los modernos viajeros de la escuela francesa. Y estos libros son, no obstante, los que en manos de todos andan y los que pretenden dar á conocer á los ingleses las curiosidades del extranjero.

Si tuviésemos la pluma de Buffon, aquella pluma que no heredó del ilustre Conde ningún naturalista, mucho podríamos glosar la noticia de la llegada á Europa de un elefante sagrado recibido últimamente en la *menagerie* de Lóndres, y acompañado por dos sacerdotes budhistas, que cada mañana le ofrecen ramilletes de flores y no sabemos si también le presentan algunas preces. El elefante, que parece un sér rezagado del mundo primitivo, que ménos que todos los demás seres vivos ha perdido sus gigantescas proporciones, con su deforme figura, con su larga historia que se desarrolla en paz y en guerra desde las pagodas de la India hasta las arenas africanas, con sus maravillosos instintos, que casi tocan en los límites de la inteligencia; el elefante, que nos recuerda los nombres de Semíramis, Sesostris, Poro y Anibal, ya es divinidad, ya verdugo, ya máquina de guerra, ya por último, preciosa bestia de carga, sin la cual no se comprende cortejo alguno ni solemne procesión en la India. A pesar de su pasmosa fuerza, no puede figurar en la categoría de las fieras, y las pacíficas y religiosas razas del país han podido levantarle monumentos y acaso altares. El león, más conocido de los occidentales, ha obtenido tal vez por esta razón el título de rey de las selvas, sin embargo de que sus congéneres son esclavos en nuestros hogares; el colosal paquidermo se rinde al hombre con ciertas condiciones y como de potencia á potencia. La inteligencia, sobrepujando á la ferocidad, hubiera debido asegurar al elefante aquella envidiada categoría si el hombre las repartiera siempre con justicia, así entre los individuos de su especie como entre las demás que le acompañan en su peregrinación sobre la tierra.

¡Ah! ¡Si los elefantes de nuestros días fuesen como los del tiempo del Ramayana y tuviesen un jefe como los monos tuvieron su *Hanuman*, no serían los ingleses soberanos de la India!

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA

SOLEDAD

Á DON JUAN VALERA

II

Hombre de alzada estatura y de constitución robusta era el sacerdote. En contra del egoísmo de los seminaristas, que entre las ventajas de la Iglesia no consideran pequeña la de escapar á la quinta, D. José Noguera se había dicho que servir á Dios no era razón suficiente para negarse á su patria, y sentó plaza en 1816. Dos años

después partió de Cádiz para Chile en la expedición de 18.000 hombres que mandaba el Conde de la Bisbal. La vida militar había dejado en su fisonomía algo de marcial, corregido por la dulzura de su mirada. Tenía la piel blanca y suave, la voz delgada y argentina, las manos siempre frías. Desprendíase de su persona un indefinible perfume, como si el incienso que en la iglesia se quemaba hubiese aromatizado su carne impregnándose por los poros. Llevaba sotana de seda, y era muy meticuloso para los cuidados de su persona. Fumaba mucho, pero no tomaba rapé.

No comprendía los malos corazones, no habiendo podido nunca despedir á un desgraciado sin socorros, y por esto, más que del alma, se interesaba por el cuerpo de sus ovejas; siempre estaba abierta su bolsa á los necesitados, que iba á buscar para evitarles la humillación de pedir. También iba hacia los pechos ansiosos de consuelos evangélicos; pero esperaba que lo llamasen. Era, empero, cristiano rancio, y no admitía la más insignificante controversia en materia religiosa. Mucho le solazaban los cuentecillos verdes, y los contaba con sabor si había espacio; juraba á veces, pero con la candidez de un niño. Era, en fin, instruido y sabía latin, conocimiento poco usual á la sazón entre aquellos curas de aldea.

Cuando dejó el ejército en 1824 se hizo ordenar y entró en la secretaría del arzobispado de Burgos, donde sólo permaneció un año, pues su señoría ilustrísima lo encontraba «algo liberal y demasiado cristiano» para aquel cargo. Entonces partió para Jaén, su ciudad natal. Tenía allí el sacerdote, en el convento de la Concepción Dominica, una sobrina huérfana que se proponía llevar en su unión, por no demostrar la jéven afición á las tocas. Esperó algunos meses, y cuando quedó vacante el curato de la Tobaruela, fué á establecerse en el pueblo con su sobrina Soledad y su ama Doña Engracia Solomillo.

Había entrado Soledad en el convento á los doce años y salía á los diez y seis. Su padre, compositor de música sagrada, naturaleza genial y apasionada por su arte, quiso enseñar á Soledad la armonía, pero desistió al notar que las letras merecían más la atención de la niña. Soledad no había leído en el convento sino las cartas de Santa Teresa, y esta lectura, unida á las religiosas prácticas del claustro, lanzaron su alma poética en los dulces éxtasis del misticismo. Adquirió una timidez arisca y una sencilla hipocresía. No cobró, sin embargo, apego á la clausura: soñaba con el sol y el campo, y cuando supo que su tío la sacaba de allí, pasó la noche en vela.

Desde el día de su llegada la consagró Don José todo el cariño que por su difunto hermano había tenido, la mimó como á hija única y enfermiza. No veía en ella defectos. Le acometían á veces arrebatos de ternura—arrechuchos, decía Engracia,—y asiendo entre sus manos la cabeza de su sobrina, cubría su frente de sonoros besos paternos. Soledad quiso mucho á su tío, que la inspiraba el profundo respeto de un santo. Así creció hasta los veinte años, con agradable y cómoda existencia, entre cánticos de jilgueros y de aromas silvestres, corriendo ménos que ántes y leyendo más que nunca.

Una mañana, al entrar en la habitación de su tío para anunciarle una visita, D. José, delante de una enorme palangana, se lavaba el pecho, alto y blanco como el de una mujer, con el busto completamente desnudo. Balbuceó Soledad un «Dispense su merced» sofocado, y se retiró. Cuando vió á su tío á la hora del almuerzo, la imágen del pecho encubierto por la sotana la llenó las sienes y la sonrojó las mejillas. Pasó la noche agitada por una desazón singular que la

despertó sobresaltada varias veces. Estaba al día siguiente tan pálida, que D. José la creyó enferma; la abrazó con afabilidad, la meció como un niño, la besó. Los labios frescos del sacerdote posados sobre su frente calenturienta la produjeron una incomprensible sensación de placer que recorrió todos sus miembros, y temblorosa, abatida, en un estado precursor del desfallecimiento, se estrechó contra el pecho de su tío.

Sin conciencia explícita del trabajo de su cerebro, estableció paralelos entre D. José y los amigos de la casa: el alcalde, el boticario, el maestro de escuela, el hijo de la Colasa, que pasaba por el Narciso de la aldea, y la comparación era siempre provechosa al sacerdote. Si delante de ella hablaban de él con elogio, Soledad experimentaba tan visible emoción, que se deshacía en lágrimas.

Alarmas le producían ahora las tardanzas de su tío, y lo aguardaba reclinada sobre las flores de su ventana. Tan luego le veía, un vivo color de grana iluminaba el tono mate de su cutis; se precipitaba por las escaleras y besaba con más ardor que fervor la mano gordita del cura.

Como hablasen en la aldea del amor del hijo de la Colasa por Soledad, el buen sacerdote creyó deber suyo interrogar á su sobrina. No respondió ella desde luego, y acabó por decir que no. Pero, á pesar de sus lecturas, la idea del amor, la visión neta y latente la tuvo sólo entonces. Pensó con frecuencia en ello, y siempre vino á mezclarse y confundirse el recuerdo de su tío con estos pensamientos. Hubo en ella un cambio general; algo abrasador como el rayo cruzó su mente, dejando reducido á cenizas un sér incorpóral que no adivinaba, del que anteriormente no se diera cuenta, pero cuyo vacío sentía. ¿Era la virginidad del pensamiento desvanecida? .

Sabía Soledad que los curas están consagrados al Señor y que no se casan. ¿Cómo habría podido nacer en su pecho honrado el sentimiento de amar á su tío? Enflaqueció, sufriendo de un mal desconocido, y enfermó con tercianas, muy corrientes en el país. Extraviábase su cabeza en interminables pesadillas, repitiendo apóstrofes enteros de Santa Teresa, bullía su sangre y pensó con espanto si estaría poseída del espíritu malo. Como era su tío su confesor, manifestó sus aprensiones tras la rejilla del confesionario con dolientes acentos. La tranquilizó el sacerdote declarando el hecho *improbable*, y no hizo caso. Era casto por virtud y por temperamento; lo mismo sería decir que era ciego.

Soledad se encerró en una actitud reservada, evitando las caricias de su tío, soportándolas con turbación. Y mientras su alma se cernía en la serenidad de una casi absoluta ignorancia, todo su sér apasionado susurraba en sus palabras, desbordaba en sus maneras, palpitaba en sus miradas.

Entonces fué cuando el destacamento de cristinos llegó á la Tobaruela.

GARCÍA-RAMON.

(Se continuará.)

Á LA MARINA ESPAÑOLA

¡Qué tranquilo mar!... ¡Qué bellas las crepusculares brumas!...
¡Qué rizadas las espumas,
y qué claras las estrellas!...
Léjos de mí las querellas
de la triste humanidad...
más lejos la tempestad
de sus combates sin calma;
recuerda tu origen, alma:
¡ahí tienes la inmensidad!!...

Tiende tu vuelo agitado
sobre ese mar que murmura;
desgarra la niebla oscura
que envuelve lo que ha pasado,
y si en su fondo ignorado
descubres con gozo intenso
la historia española, pienso
que de sus triunfos en pos,
¡sabrás por qué quiso Dios
hacer el mar tan inmenso!...

—
Sí; los laureles que encierra
el templo de nuestra historia,
ni caben en la memoria,
ni cupieron en la tierra;
sonaba de airada guerra,
á pesar de todo, el grito,
y con esfuerzo inaudito
pensó el español llenar
con sus hazañas el mar,
trasunto de lo infinito.

—
No había á su cetro extraña
ni una flor en la espesura,
ni una arena en la llanura,
ni una roca en la montaña.
Todos los ecos ¡España!
repetían; libre y sola
la augusta enseña española
daba sombra al mundo entero;
¡no faltaba al nombre ibero
más que un trono en cada ola!

—
Y para poderlo alzar
sigue de un hombre la idea,
y, audaz y bravo, franquea
las turbulencias del mar:
consigue un mundo arrancar
al horizonte secreto,
y entre el oleaje inquieto
¡encuentra el noble español
un lauro, un mundo, y el sol
á sus dominios sujeto!...

—
Luego con esfuerzo santo
hace volar sus bajeles
arrollando á los infieles
en las aguas de Lepanto;
allí lucha, y lucha tanto
que rasga el negro capuz
que envuelve á la Eterna Luz
en ignoradas regiones,
y les da con sus pendones
la libertad y la cruz.

—
¿No basta?... ¿Existe un poder
que alce su frente sombría
y pretenda todavía
á la tierra conmovida?...
Allí está España, á vencer
ó á morir en Trafalgar;
¡allí está, para mostrar
que nunca el pueblo que es bravo
tendrá cadenas de esclavo
mientras tenga fondo el mar!...

—
Y en el Callao... cuando España
sólo recuerda su brío;
cuando ya su poderío
á lo que ha muerto acompaña;
cuando ya el sol que la baña
con trémulos rayos arde,
aún con poderoso alarde
lanza á desigual contienda,
¡no á quien su vida defienda,
si no á quien su honor resguarde!...

—
Miradlo allí, sobre el puente
del barco que cabecea;
ved su vista que pasea
por el oleaje hirviente;
escuchad su voz potente
que quiere la honra mejor
que la vida y el vapor
que en el mar sus rumbos traza;
¡lo veis?... ¡Pues veis nuestra raza
idólatra de su honor!